

EL FRENTE NACIONAL: UNA HISTORIA DE ENEMISTAD SOCIAL*

Mauricio Archila Neira
Departamento de Historia
Universidad Nacional de Colombia
Investigador CINEP

“Ante el desasosiego que la república padece por las secuelas de la dictadura y la persistencia de los males apuntados, tiene que ser recibida con entusiasmo y júbilo la enunciación de un sistema que restablecerá inmediatamente el predominio de la Constitución... Quedará eliminado el motivo cardinal de la agitación partidista; desaparecerá el temor a un desastroso vencimiento de un partido, oprimido por el otro ... el entendimiento de los buenos hijos del país para laborar por la grandeza pública será una consecuencia obligada del nuevo planteamiento de la vida política. Semejante horizonte de justicia, de ecuanimidad, de sosiego que reemplace prontamente la acerbia (sic) pasional y la arbitrariedad abusiva que han venido imperando, no pueden dejar de conmover las buenas voluntades de los ciudadanos patriotas hasta convertirlos en eficaces servidores de una política de generosa concordia.”¹

“Hoy tenemos la lucha de clases más que la lucha de los partidos. Por eso, se dividen (los bandos) entre quienes quieren acabar el sistema y quienes quieren preservarlo. Entonces, el tema de cómo hacer la paz entre liberales y conservadores, no tiene ya actualidad, sino cómo ventilar el debate entre los amigos del statu quo y quienes aspiran a un orden distinto.”²

¹ Apartes finales de la Declaración de Laureano Gómez y Alberto Lleras firmada en Sitges, 20 de julio de 1957, que daba origen al Frente Nacional.

² Alfonso López M. en entrevista a la *Revista Causa Común*, No. 1, abril-mayo de 1977, pág. 19, citada por Jonathan Hartlyn, *La política del régimen de coalición*. Bogotá: Tercer Mundo y Ed. Uniandes, 1993, pág. 251.

El régimen de coalición bipartidista que gobernó a Colombia entre 1958 y 1974 tuvo el mérito de atenuar la confrontación por colores políticos pero ahondó la brecha social que produjo nuevas enemistades en el país.³ El contraste entre las anteriores apreciaciones de personajes claves en la historia contemporánea nacional así lo indica. A lo largo del Frente Nacional diversos actores sociales también fueron percibiendo dicha transformación y sacando sus propias conclusiones para la acción concreta. Algunos de ellos en forma muy temprana.

Los estudiantes quienes habían sido definitivos en la caída de Rojas Pinilla, encontraron que la luna de miel con el régimen de coalición se acababa pronto. A un mes de inaugurado el gobierno de Alberto Lleras, denunciaron la norteamericanización de la Universidad Nacional y el aumento del canon de arrendamiento en las residencias. El periodista de la revista *Semana* que cubría la temprana protesta señaló en forma profética que “había comenzado a agitarse no sólo el hasta ese momento tranquilo remanso de la ciudad blanca sino también el calmado mar del Frente Nacional.”⁴ En mayo de 1961 los universitarios criticaron el descuido oficial ante la universidad pública y comentaron con amargura: “para este gobierno los estudiantes eramos héroes cuando se trató de tumbar a la dictadura... y hoy cuando luchamos por nuestros derechos, por nuestra universidad atacada y por el pueblo, se nos llama subversivos y se nos califica de agitadores.”⁵ Un año después, como símbolo de su rebeldía, derribaron la estatua de Miguel Antonio Caro que vigilaba los predios universitarios.⁶

Los obreros petroleros, por su parte, reunidos en Barrancabermeja en enero de 1959, afirmaron que, “aspiran a que el Frente Nacional no destierre simplemente el sectarismo político, sino también el “sectarismo clasista” que recurre a señalar como enemigo del Frente Nacional todo movimiento

³ El filósofo mexicano Enrique Serrano Gómez, en su lectura de Karl Schmitt, distingue entre ENEMIGOS ABSOLUTOS –a quienes se les niega todo valor moral ya que trasgreden principios particulares– y JUSTOS –a quienes se les reconoce como otro distinto pero con derechos iguales. (Véase “Las figuras del ‘otro’ en la dinámica política”, *Cultura y Trabajo*, Medellín, No. 42, mayo de 1997, págs. 31-39.) Según estas definiciones, el Frente Nacional habría logrado superar la enemistad absoluta partidista, pero generó otra de carácter social que distó de ser ‘justa’. Así al menos lo asumieron los principales actores del régimen bipartidista.

⁴ *Semana*, 25 de septiembre de 1958, pág. 16.

⁵ *Nueva Prensa*, 31 de mayo de 1961, pág. 19.

⁶ Testimonio de Víctor Daniel Bonilla en la revista *Flash*, 15-30 de abril de 1971, pág. 26. El habla de una acción similar con la estatua del General Santander en 1963, hecho que anticipa el cambio de nombre de la plaza central por plaza Ché como se le conoce hoy.

⁷ *Semana*, 27 de enero de 1959, pág. 30.

reivindicatorio del obrerismo.”⁷ El denunciado ‘sectarismo clasista’ puede conducir a las autoridades del régimen de coalición a condenar formas de protesta que le dieron origen. Así parece confirmarlo el ministro de gobierno a principios de 1963: “Me parece alarmante que el paro cívico, que fue una institución creada para celebrar todos aquellos grandes acontecimientos que le abrían caminos de esperanza a la nación, se haya convertido en los últimos años en un serio factor de intranquilidad para la república.”⁸

Estos testimonios ilustran una historia de creciente enemistad entre Estado y sistema político, de una parte, y actores sociales de otra. Aunque el fenómeno no era nuevo en nuestra historia, sí aparece en forma dramática en los años del Frente Nacional, precisamente cuando el país soñaba con desterrar los odios pasionales que alimentaron la Violencia. La brecha social no fue invención del régimen de coalición, pero éste no hizo mucho para disminuirla.

Pero en la enemistad como en el amor se necesitan por lo menos dos y no surgen de un momento a otro, sino que se van construyendo poco a poco. Si el Estado y los partidos políticos tradicionales fueron responsables de la ampliación de las exclusiones políticas y sociales, y por ende de la paulatina transformación de los actores sociales en enemigos, estos a su vez contribuyeron a aumentar las distancias fomentando las formas de autoexclusión. Ese es el meollo de la historia que queremos contar en estas páginas.

Antes de dar paso a la narración conviene presentar en forma breve las categorías de análisis utilizadas a lo largo de la investigación sobre la que se basa este artículo.⁹ Aunque la literatura teórica ha acumulado el concepto de *movimientos sociales*, por su precaria existencia en nuestro medio para los años estudiados hemos preferido utilizar la categoría *protesta social*, que es una de las tantas formas de hacerlos visibles. Por ella entendemos toda acción social colectiva que expresa intencionalmente demandas y/o presiona por el logro de soluciones al Estado -en sus diversos niveles- o a otros miembros de la sociedad civil. Como modalidades de protesta consideramos los paros (incluidas las huelgas sindicales), amenazas de paros (sólo en el caso de las luchas cívicas), movilizaciones pacíficas, tomas de instalaciones, protestas violentas (asonadas, pedreas o levantamientos populares con excepción de las acciones armadas), e invasiones de tierras urbanas o rurales. Los sectores sociales sobre los cuales encontramos indicios de esas

⁷ Declaraciones de Eduardo Uribe Botero a *El Tiempo*, 23 de febrero de 1963, pág. 1

⁹ Para una ampliación de los conceptos aquí señalados y de los aspectos metodológicos de la investigación realizada véase mi reciente artículo “Estado y Protesta Social durante el Frente Nacional”, *Controversia*, No 170, mayo de 1997.

acciones colectivas fueron el laboral, campesino, estudiantil, el llamado cívico, los grupos empresariales (pequeños y grandes como el transportador), los indígenas y las mujeres, aunque estos dos últimos con poca visibilidad para el período analizado.

A continuación haremos una reconstrucción muy general de las principales tendencias de las protestas sociales durante el Frente Nacional para luego, en tres apartes, profundizar en el problema que nos inquieta: la creciente distancia entre el régimen de coalición y los actores sociales.

1. Panorama de la agitación social entre 1958 y 1974

Aunque no se percibe un ciclo anual en las protestas sociales durante el Frente Nacional, sorprenden las reiteraciones de ciertas situaciones. Muchos años, en especial durante los dos primeros gobiernos, solían iniciarse con la agitación de diversas capas populares contra el alza de transportes, a su vez presionada por el aumento de combustibles aprobada con anterioridad por el gobierno. El liderazgo de estas jornadas fue variado pero sobresalía la presencia estudiantil aunque para el éxito de las protestas era crucial el apoyo de las centrales sindicales. Los gobiernos de turno respondieron combinando medidas represivas con aumentos en el salario mínimo y/o en el subsidio a los transportadores cuando no postergaba el incremento de los combustibles.

Estas protestas iniciales eran acompañadas por la discusión de pliegos sindicales, algunos rezagados del año anterior. Hacia la mitad el primer semestre se agitaban las universidades o algunos colegios de secundaria, por lo común públicos. Los motivos eran académicos en general pero desataban una espiral en la que se intercalaban protesta y represión hasta culminar en el cierre del establecimiento educativo. Los choques eran más intensos en vísperas electorales, en especial hacia el final de los sesenta y principios de los setenta. El semestre terminaba, por tanto, en aparente calma, la cual se rompía de nuevo al promediar el otro período lectivo. En vacaciones escolares, a mitad y a fines de año, volvían a sobresalir las luchas cívicas y laborales, que fueron las más constantes aunque no las más radicales. Desde el 71 el sector campesino también ‘mojará’ prensa al desatar varias ofensivas para recuperar la tierra. Tampoco es extraño encontrar al final del año a los transportadores ejerciendo presión para lograr mejores tarifas en el inmediato futuro.

En el Cuadro 1 resumimos la información recopilada en torno a las modalidades de protesta en el período estudiado. Las cifras arrojan una suma de 3031, con un promedio de 178 por año, algo así como una protesta cada dos días. Sobresalen los paros en el conjunto de las luchas, con una proporción

Cuadro 1
Protesta social por modalidades, 1958-1974

AÑOS	Paros	Paros con Tomas	Amenaza Paro	Movilización	Invasión	Protesta violenta	Toma	TOTAL
1958	38	-	2	2	4	-	-	46
1959	72	-	2	21	26	12	-	133
1960	69	-	1	11	11	2	-	94
1961	71	-	6	7	32	3	-	119
1962	85	1	10	8	7	5	-	116
1963	122	-	5	9	4	9	-	149
1964	122	2	8	15	10	6	-	163
1965	128	2	9	9	5	11	-	164
1966	142	3	17	15	8	13	-	198
1967	91	-	11	23	6	4	-	135
1968	83	3	7	12	9	5	-	119
1969	118	4	27	24	17	20	2	212
1970	119	-	6	15	26	11	-	177
1971	106	8	6	15	384	19	1	539
1972	125	1	5	11	37	16	1	196
1973	92	1	14	20	24	25	-	176
1974	138	6	10	37	71	28	5	295
TOTAL	1721	31	146	254	681	189	9	3031

Fuentes: Bases de datos de Mauricio Archila (para todos los conflictos salvo huelgas) y Alvaro Delgado (para huelgas).

Cuadro 2
Protestas sociales por sectores, 1958-1974

AÑOS	Laboral	Cívico	Campesino	Estudiantil	Indígena	Empresarios	Mujeres	TOTAL
1958	16	10	4	13	-	3	-	46
1959	52	38	22	19	-	-	2	133
1960	44	21	8	20	-	1	-	94
1961	46	39	14	17	-	3	-	119
1962	48	27	4	22	-	15	-	116
1963	78	28	6	29	-	8	-	149
1964	91	30	4	33	-	5	-	163
1965	93	39	1	28	-	3	-	164
1966	115	39	6	36	-	2	-	198
1967	71	33	8	16	-	5	1	135
1968	48	17	6	40	-	8	-	119
1969	59	68	12	63	1	8	1	212
1970	67	28	24	49	1	8	-	177
1971	48	49	366	65	2	8	-	539
1972	76	33	31	52	1	3	-	196
1973	62	44	20	33	4	11	2	176
1974	105	78	52	40	3	16	1	295
TOTAL	1119	621	588	577	12	107	7	3031

Fuentes: Bases de datos de Mauricio Archila y Alvaro Delgado.

mayor a la mitad, y dentro de ellos las huelgas laborales que fueron 1082, el 36% de las protestas.¹⁰

El mismo cuadro muestra además una trayectoria ascendente de las protestas sociales llegando a su máximo punto en 1971, año especial por el gran número de invasiones a predios rurales. Hay además un contraste marcado entre el primer gobierno del Frente Nacional y el último, no así entre los intermedios. Lo anterior ilustra la creciente enemistad a la que se ha aludido antes y el desgaste del régimen de coalición. A pesar de esta constatación, no se pueden extraer conclusiones tajantes en torno a una supuesta relación entre el gobernante de turno y la agitación social, máxime en un momento de acuerdo bipartidista. La mirada por sectores sociales en el siguiente Cuadro puede arrojar mayores precisiones.

El sector laboral no sólo es el de mayor peso sino el más regular. Por doce años, entre 1957 y 1969, marcó la trayectoria del conjunto de protestas. A partir de allí su peso decreció dando lugar a nuevos protagonismos. Hay dos ciclos marcados en su acción, 1963-1966 y 1972-74 (éste se prolongaría hasta 1977), que dependen más de factores económicos tales como la recesión de mediados de los sesenta y el descenso en los salarios reales durante los setenta, que estrictamente políticos, aunque estos últimos factores no se excluyen. Es claro que el prestigio de Alberto Lleras y las esperanzas que abrió el régimen de coalición, así como el reformismo de Lleras Restrepo obraron en la disminución de la conflictividad obrera en sus respectivos gobiernos. En el mundo laboral, por tanto, sí tuvieron mayor peso las variables políticas lo que no se puede generalizar para los otros movimientos sociales.

Los sectores sindicales que más acudieron a la huelga fueron aquellos que la tenían prohibida: magisterio, sector salud y bancarios. Es decir los considerados de 'servicio público', categoría que se amplió a lo largo del Frente Nacional al incluir sectores del capital privado. El tradicional protagonismo de los trabajadores del transporte disminuye ostensiblemente en estos años, no así el de la industria manufacturera.¹¹ En términos de orientación política los sectores más conflictivos fueron influidos por la izquierda, la CSTC (Confederación Sindical de Trabajadores de Colombia) y los no confederados. Todo ello sugiere una creciente desinstitucionalización del movimiento laboral, aunque

¹⁰ Para las cifras laborales nos apoyamos en las bases de datos elaboradas por Alvaro Delgado (véase Mauricio Archila y Alvaro Delgado *¿Dónde está la clase obrera?*. Bogotá: Cinep, 1995).

¹¹ Para una comparación histórica véanse mis anteriores publicaciones: *Cultura e Identidad Obrera: Colombia 1910-1945*. Bogotá: Cinep, 1991 y "Protestas sociales en Colombia, 1946-1958", *Historia Crítica*, No. 11, julio-diciembre de 1995, págs. 63-78.

no necesariamente ello significa un desafío radical al sistema vigente. El bajo número de conflictos, en términos comparativos con otros países latinoamericanos, y la trayectoria del movimiento sindical de esos años centrada en demandas económicas, muestra una clase obrera constante pero débil en su actividad reivindicativa.¹²

La lucha campesina muestra dos puntos de agitación: 1959-1961 y de 1969 en adelante, ambos relacionados con las políticas agrarias del régimen. En el primer caso fueron conflictos en zonas de reciente violencia con el fin de presionar la expedición de una ley de reforma agraria como en efecto sucedió en 1961. El otro momento tuvo que ver con la creación, por parte del gobierno de Carlos Lleras, de la organización campesina ANUC (Asociación Nacional de Usuarios Campesinos) para presionar la implementación de dicha reforma agraria. El ímpetu campesino se derbordó en 1971 cuando hubo más de 350 invasiones según nuestros cálculos.¹³ Al año siguiente el reformismo agrario perdió terreno con el Pacto de Chicoral. Este factor junto con las tensiones internas fruto de la heterogeneidad social del campesinado y el vanguardismo de izquierda explican el reflujo de la protesta agraria. En todo caso la ANUC fue la mayor organización de trabajadores rurales en nuestra historia.¹⁴

Los movimientos estudiantiles mostraron una rápida radicalización como se ha visto, tanto que fueron los que más desafíos explícitos colocaron al Frente Nacional. Contaron con organizaciones nacionales: UNEC (Unión Nacional de Estudiantes Colombianos) primero y luego, hasta 1966, la FUN (Federación Universitaria Nacional). A partir de ese momento no habrá organización gremial de envergadura y serán los partidos de izquierda o sus filiales juveniles los voceros del movimiento estudiantil. Los dos momentos más álgidos de las luchas estudiantiles (1964-66 y 1969-72) estuvieron acompañados de paralizaciones de carácter nacional que provocaron una fuerte reacción estatal hasta declarar el Estado de Sitio por ese motivo. Las demandas estudiantiles fueron en su orden: presupuesto, autoridades competentes, autonomía (en especial en torno a los órganos de dirección) y solidaridad con otras protestas estudiantiles y populares. En el último aspecto no siempre hubo la convergencia popular anhelada pues como lo señaló un analista del tema en 1970: "...el

¹² La ilustración de esta hipótesis está en Mauricio Archila, "Estado y protesta social", véase nota 32.

¹³ León Zamose (*Los usuarios campesinos y la lucha por la tierra en los años setenta*. Bogotá: Cinep, 1985, pág. 53) cuenta 645 invasiones ese año. Aunque diferimos en cifras, la tendencia es similar en ambas bases de datos.

¹⁴ Según el mismo Zamose dicha organización recogió más del 40% de la Población Económicamente Activa (PEA) agrícola (ibid, pág. 32).

pueblo acompañó al movimiento estudiantil en su lucha antiimperialista pero no en sus tesis abstencionistas.”¹⁵

Los sectores agrupados en la categoría ‘cívicos’ muestran, por su parte, una constante en su actividad reivindicativa con dos picos en 1969 y 1974. En el primer pico la flamante reforma constitucional y administrativa del año anterior puede explicar la movilización popular para conseguir recursos locales o regionales. En el segundo pico la causa pudo ser el desmonte del Frente Nacional y las expectativas abiertas por el gobierno de López Michelsen. En todo caso la mayoría de las protestas cívicas durante esos años giró en torno a los servicios públicos --en especial energía eléctrica y agua--, obras públicas --vías terrestres, aeropuertos, adecuación de puertos--, cambios de autoridades locales y mejoras en la educación. La conducción de estas luchas fue heterogénea y no hay evidencias, como lo sugerían los primeros estudios sobre paros cívicos, de una vanguardia sindical.¹⁶

En términos regionales el mayor número de conflictos se adelantó en los departamentos de la Costa Atlántica. Excluyendo las huelgas --que tienen una dinámica regional especial pues se concentran en las zonas más desarrolladas--, 653 protestas se dieron en esa región, algo más del 30% del total. Le siguen de lejos, con casi el 15% de las protestas respectivamente, la zona centro-oriente --es decir Cundinamarca, incluida Bogotá, y Boyacá-- y la Pacífica --los departamentos que dan al Océano Pacífico. En las zonas cafetera de Antioquia y el antiguo Caldas, así como en los Santanderes, el estallido de conflictos sociales en esa época fue menor (11% y 4.5%), proporción llamativa si se compara con la mayor población que concentran (22% y 8% respectivamente). Estas cifras podrían apoyar la extendida hipótesis según la cual el desarrollo desigual regional y la precaria presencia estatal son la principal causa de movilización social.¹⁷ Sin embargo, las cosas son más complejas.

En términos conflictos sociales por capitales, Bogotá sobresale concentrando algo más del 10% del total, sin huelgas. Le siguen Barranquilla

¹⁵ Jaime Caicedo “Movimiento juvenil, movimiento estudiantil y unidad popular”, *Documentos Políticos*, No. 91, enero-febrero 1971, pág. 9. El mismo Caicedo en entrevista realizada en diciembre de 1996 sostuvo que en los años setenta hubo más relación entre movimiento estudiantil y popular lo que, a sus ojos, se reflejó en una creciente lucha popular al menos hasta el paro cívico del 77.

¹⁶ Nos referimos al artículo de Medófilo Medina, “Los paros cívicos en Colombia, 1957-1977”, *Estudios Marxistas*, No. 14, 1977, págs. 9-13, y al libro de Jaime Carrillo, *Los paros cívicos en Colombia*. Bogotá: Oveja Negra, 1981.

¹⁷ Hipótesis común en los años setenta, planteada por Pedro Santana, *Desarrollo regional y paros cívicos en Colombia*. (CONTROVERSIA Nos. 106-107). Bogotá: Cinep, 1983.

y casi empatadas Cali y Medellín. Si se toman sólo las huelgas laborales, la participación de estas ciudades y sus departamentos aumenta sustancialmente. En los cuatro departamentos se llevaron a cabo el 52% de los paros laborales mientras en las cuatro ciudades el 32%.¹⁸ Ello es consistente no sólo con el mayor desarrollo de estas zonas sino con la concentración organizativa que demuestran. Por tanto no siempre el menor desarrollo o la ausencia del Estado explican las movilizaciones populares. En algunos casos (campesinos, algunos cívicos e incluso de transportadores) puede ser esa la causa, en otros ciertamente no lo es (en el laboral, por ejemplo), y en otros puede ser la apertura de fuentes económicas o la reciente presencia estatal lo que moviliza a la gente. La clave de explicación radica en el minucioso estudio de los casos, tal como lo hace Clara Inés García para cuatro subregiones antioqueñas.¹⁹

Pero resulta que no todas las protestas sociales durante el Frente Nacional fueron motivadas por razones materiales. Ya se veía el caso estudiantil en donde, aparte de lo presupuestal, se luchó por defender la autonomía universitaria o incluso como muestra de solidaridad. Las escasas protestas de mujeres irían en una dirección similar. Aunque poco figuraron con demandas explícitas de género, ellas no estuvieron ausentes de las luchas populares de esos años. En cuanto a los indígenas, especialmente en el Cauca desde los setenta, las demandas por tierra siempre estuvieron matizadas por la reivindicación étnica no sólo por tratarse de viejos resguardos, sino por incluir exigencias de cultura y educación propias. Incluso la conquista de una identidad específica no estuvo exenta de conflictos con la ANUC.²⁰

Este fue, a grandes rasgos, el panorama de las protestas sociales durante el Frente Nacional. Como se percibe claramente en las páginas anteriores, no existió la pretendida homogeneidad de un campo popular, por el contrario lo que predominó fueron trayectorias divergentes con momentos de coincidencia coyuntural. La heterogeneidad también se manifestó dentro de los mismos sectores, incluido el laboral, donde los empleados o trabajadores de ‘cuello blanco’ arrebataron el protagonismo a los tradicionales obreros. La supuesta vanguardia obrera tampoco se pudo constatar empíricamente, aunque hubo un protagonismo sindical hasta fines de los sesenta. Así estas aseveraciones hoy digan poco, en esa época eran duramente rebatidas por el paradigma ideológico

¹⁸ Para esta parte nos apoyamos en la reciente investigación de Alvaro Delgado para Planeación Nacional, “Conflicto laboral y región en Colombia” (inédito).

¹⁹ “Movimientos cívicos y regiones”, Informe de Investigación, INER, 1995.

²⁰ Véase a modo de ilustración Christian Gross, *Colombia indígena*. Bogotá: CEREC, 1991 y del CRIC (Consejo Regional Indígena del Cauca), *Diez años de lucha: Historia y documentos*. (CONTROVERSIA Nos. 91-92). Bogotá: Cinep, 1981.

que imperaba en los análisis sociales. Frases como “la clase obrera, al liberarse, libera al resto de la población...”²¹ que tenían plena acogida en los sesenta hoy suenan distantes. La imagen de un campo popular cohesionado y dirigido por el proletariado, que enfrentaba a otro bando también unificado --el Estado y el sistema-- fue una de las formas como se alimentó la enemistad durante el Frente Nacional desde los actores sociales. Pero la realidad distaba de ese imaginario. Es hora de enfrentar este complejo problema.

2. ¿Descuido social?

Lo ocurrido durante el Frente Nacional fue resultado de tendencias estructurales de la sociedad colombiana así como de opciones coyunturales de los diversos actores que lo vivieron, en las cuales no estuvieron ausentes presiones de carácter global. Veamos las primeras, a grandes rasgos, para identificar luego las particularidades de esos 17 años de historia.

La Colombia de los años cincuenta era aún una sociedad rural con un atraso caracterizado por la consolidación terrateniente en detrimento de formas más modernas de propiedad y de relaciones laborales. Ello marcaba aún a los incipientes empresarios agrícolas y urbanos como se denunció continuamente en esos años. Formas despóticas de trato laboral y relaciones coactivas eran aún comunes en campos y ciudades. Culturalmente la sociedad tenía rasgos clericales que dominaban al país desde la Regeneración. En julio de 1959, por ejemplo, el arzobispo de Medellín dirigió una circular a los feligreses pidiéndoles desafiliarse de la Federación de Trabajadores de Antioquia (FEDETA), tachada de comunista, y que le brindaran apoyo a la Unión de Trabajadores de Antioquia (UTRAN), que contaba con la simpatía del clero.²² El tenor era el mismo de las proclamas antiliberales del siglo pasado o de los llamados anticomunistas de los años treinta.

²¹ *Documentos políticos*. No. 58, marzo-abril de 1966, pág. 84. La utopía de redención obrera fue transmitida aún en versos de discutible valor literario pero con fuerte carga política como el publicado por *Voz Proletaria*, el 21 de noviembre de 1963: “Colombia obrera será entonces: la aurora quemará un crepúsculo distinto/ para que el día no sea ya más el sufrimiento/ los hombres se amarán/ se salvarán humanamente/ y hablarán un mismo idioma/ ... Ah, qué bella patria aquella”.

²² *El Tiempo*, 13 de julio de 1959. Un año después el dirigente utecista Justiniano Espinosa hacía eco a esta proclama con estas palabras: “El pueblo antioqueño ... que se ha distinguido siempre por su acendrado cristianismo y que tantos apóstoles de Cristo ha dado para que en estas y otras tierras prediquen el evangelio; el pueblo antioqueño, que tan apegado vive a su tierra y a sus tradiciones, no puede, no debe de ninguna manera aceptar la infiltración del partido comunista” (Declaraciones a *El Tiempo*, 3 de septiembre de 1960, pág. 10).

Pero esas formas tradicionales de existencia social venían siendo socavadas desde decenios anteriores, transformación que se aceleró durante el Frente Nacional. Para el censo de 1964 buena parte del país se había convertido en urbano. El crecimiento de las ciudades fue, sin embargo caótico y sin tendencia policéntrica. La industria, otro factor clave de modernización, siguió creciendo para abarcar sectores de bienes intermedios e incluso alguna producción de maquinaria.²³ Pero ella era incapaz de absorber la creciente oferta de mano de obra, la que debió buscar actividades de baja calificación y estabilidad, como la construcción o la economía informal, para sobrevivir. El carácter especulativo de la economía no favorecía una mayor inversión productiva.

Sin embargo, los cambios tal vez fueron más dramáticos en los aspectos educativos y de la cultura. El sistema educativo presenció una impresionante ampliación sobre todo en primaria y nivel universitario.²⁴ Más mano de obra calificada acudió sin mucho éxito al mercado laboral. La mujer, por su parte, tuvo mayor acceso a la educación y a las actividades productivas, con lo que se alteraron aún más los tradicionales roles familiares. En el campo intelectual hubo mayor diversificación de los quehaceres científicos, surgieron las ciencias sociales y se recibieron con avidez otras lecturas críticas de la realidad, en particular el marxismo en sus diversas vertientes. La ampliación de los medios de comunicación, incluida la televisión, abrió nuestra provinciana sociedad a la globalización cultural. La iglesia perdió el control de los ciclos vitales de la sociedad y de las pautas de educación y cultura. En síntesis, se vivió un acelerado proceso de secularización que hacía eco a tendencias planetarias. Colombia no estuvo al margen del optimismo que se respiraba en el mundo con relación a los avances materiales del socialismo, a la caída de las dictaduras en América Latina y a la descolonización del mundo africano y asiático. Era un giro mundial hacia el imaginario de izquierda, alimentado en nuestro medio por el triunfo de la revolución cubana.

Estos nuevos vientos fueron recibidos con abierto rechazo por parte de las élites tradicionales que reforzaron los rasgos inerciales oligárquicos, si no señoriales, de nuestra sociedad. El Representante liberal a la Cámara, Alberto

²³ Salomón Kalmanovitz señala que mientras el Producto Interno Bruto (PIB) del conjunto de la economía creció por encima del 3.0% anual entre 1960 y 1970, la industria lo hizo por encima del 3.5% en promedio. El comportamiento de la agricultura, en cambio, fue inferior al 3.0% (*Economía y nación*. Bogotá: Siglo XXI, 1985, págs. 436-437).

²⁴ Según Ivon Lebot la población universitaria pasó de 20.000 en 1958 a 140.000 en 1974 (*Educación e ideología en Colombia*. Bogotá: Ed. La Carreta, 1985, pág. 72). La cifra puede ser un poco exagerada pero refleja un indudable aumento de la matrícula universitaria. El DANE habla de un cambio de 22.660 en 1960 a 67.486 en 1968 (*Colombia Estadística*. Bogotá: DANE, 1975, pág. 9.)

Galindo, luego de una visita al Valle del Cauca en septiembre de 1960, a raíz de la reciente agitación social, opinó así de los dueños de ingenios azucareros: “Hay allí todavía empresarios que guiados por ese concepto borbónico y feudal que es típico del capital-trabajo, por contraste con el concepto dinámico y democrático propio de la sociedad anónima, creen que pueden impedir la formación de sindicatos, o destruir los que ya están formados en sus empresas... (Esas actitudes) determinan el explosivo clima social que en el Valle se está respirando, y que, naturalmente tiene su recíproca (sic): en la medida en que los patronos persiguen a los trabajadores sindicalizados, los sindicatos van cayendo fatalmente bajo el control de los extremistas.”²⁵ A la creciente agitación social no siempre se le respondió con sesudos análisis como el de Galindo. La respuesta más común fue ignorarla o cuando más leerla en las claves del anticomunismo introyectado en nuestras élites dirigentes desde finales de la Segunda Guerra Mundial.

Si estas eran actitudes derivadas de tendencias estructurales entonces ¿cuál fue la particularidad del régimen de coalición en lo que hemos llamado el descuido social? Analicemos los principales argumentos esgrimidos en la época para llegar al meollo de la pregunta planteada. Continuamente se denunció una precaria inversión en componentes sociales del gasto público como educación, salud, trabajo, apoyo a la agricultura y vivienda. La denuncia se reforzaba al constatar que el único aspecto social incluido en el plebiscito del 57 fue el haber consagrado que el 10% del gasto público debía ir a la educación. Sin embargo al mirar las cifras de dicho gasto surge una lectura diferente. Para los años estudiados el promedio del gasto social fue de 28.62%, un poco superior al gasto en seguridad (justicia, fuerzas armadas y policía) que fue de 25.9%. Lo más significativo es que el gasto social aumentó a lo largo del Frente Nacional llegando a ser 47.2% en 1974.²⁶

Si tomamos por separado la educación se observa que estuvo en aumento constante hasta llegar a superar la meta fijada en el plebiscito pues en promedio representó el 13.63% del gasto público total. Según el DANE hubo incluso una evolución positiva en la relación entre gastos de inversión y los de funcionamiento en la educación: de un escaso 9.3% en 1960 los primeros pasaron a 23.2% en

²⁵ *El Tiempo*, 21 de septiembre de 1960, pág. 2.

²⁶ Ana María Bejarano y Renata Segura, “El fortalecimiento selectivo del Estado durante el Frente Nacional”, *Controversia* No. 169, noviembre de 1996, págs. 12-21. La tasa de participación en el PIB varió en proporción similar pues pasó de 1.10% en 1955-1959 a 5.43% para 1970-1974 (Cielo M. Numpaque y Ligia Rodríguez C., “Evolución y comportamiento del gasto público en Colombia, 1950-1994”, *Banca y Finanzas*, No. 41, julio-septiembre, 1996, pág. 39.

1971.²⁷ Los gastos estatales en cada estudiante de la Universidad Nacional también aumentaron, en precios constantes, entre 1961 y 1969, salvo un descenso en 1966.²⁸

Es claro entonces que el descuido social no se puede argumentar con base en las cifras del gasto público, cuya trayectoria, por demás, coincide a grandes rasgos con la tendencia de las protestas sociales ya analizada. Claro que aún cabe insistir que el problema fue un desfase entre las demandas de una creciente población y un gasto limitado, o que hubo malas inversiones o atención a sectores no propiamente necesitados, para no abundar en los rasgos de clientelismo e inmoralidad propios de nuestro sistema político. Incluso estadísticamente se puede argüir que fueron las protestas las que presionaron el aumento del gasto social, lo cual hablaría de un proceso exitoso de luchas populares así sólo fuera para que el Estado invirtiera con el fin de anticiparlas. Todos estos argumentos no sólo son de posible ocurrencia, sino que seguramente sucedieron, lo cual no oculta el significado de las estadísticas del gasto público que requieren una lectura más compleja. Definitivamente por este lado no llegamos al meollo de nuestra hipótesis sobre el descuido de lo social. Es necesario explorar otras vías de análisis.

Un segundo argumento podría ir en torno a la ausencia o precariedad de reformas sociales que dieran salida a las demandas de la población expresadas en las protestas. Los creadores del Frente Nacional creían que con atenuar los odios partidistas se abriría para el país una nueva etapa de armonía que permitiría no sólo el crecimiento económico, sino mayor bienestar social.²⁹

²⁷ *Colombia estadística*. ... pág. 10.

²⁸ Según el mismo DANE dichos gastos pasaron de \$3.402 en 1961 a \$5.625 en 1969 (Ibid. pág. 9). Los profesores argumentaban que el aporte del Estado a los gastos totales de la Universidad disminuyeron del 87% en 1960 a 78% en 1969 (*Flash*, 15-30 de abril de 1971, págs. 12-26). Una razón puede ser que la participación de la Universidad Nacional en el total de la matrícula universitaria disminuyó pues mientras ésta se triplicaba, la de aquella pasaba de 6.479 en 1960 a 12.530 en 1968, es decir sólo se duplicaba (*Colombia Estadística*, pág. 9).

²⁹ Así se desprende no sólo de las declaraciones de Benidorm y Sitges, sino de innumerables documentos a lo largo de los 16 años de coalición. Uno de esos, elaborado por 40 notables de los dos partidos para la candidatura de Carlos Lleras en 1964 dice textualmente: "Entendemos el Frente Nacional como un supremo y solidario esfuerzo de los colombianos para conseguir la paz entre los partidos; perfeccionar las instituciones democráticas; impulsar el desarrollo económico y forjar la estructura de una sociedad moderna, no dividida por las tremendas desigualdades que hoy la caracterizan" (citado por Humberto Rojas y Alvaro Camacho, *El Frente Nacional: Ideología y realidad*. Bogotá: Ed. Punta de Lanza, 1974, pág. 29).